

El sueño irlandés

El senderillo atravesaba, suave, una zona boscosa, serpenteando de forma indolente entre los árboles que nos salían al paso. Hacía largo rato que ninguno de los dos decía una palabra; nos dedicábamos a seguir el sendero en silencio, caminando sin prisas, con el relax propio del que no tiene otra cosa que perder más que el tiempo. En un momento, el camino comenzó a inclinarse, no mucho al principio, pero con mayor intensidad después; hasta que reparamos en una colina a la que nos llevaba, inexorable, el camino por el que dejábamos deslizar nuestros conformistas pasos. Quizá no la vimos antes por estar, como todo lo demás, completamente cerrado de árboles. El camino se había convertido en una estrecha senda, tan empinada que, aparte de inclinar nuestros cuerpos hasta límites nunca sospechados por mi amigo Pedro, tuvimos que ayudarnos agarrándonos a las ramas que nos salían al paso o, incluso, a los troncos de los árboles más jóvenes que bordeaban el ya casi inexistente sendero. En esta tesitura llegamos, con el aliento alterado, a un repecho de aquella especie de montaña, en donde la corpulencia y, por qué no decirlo, la excesiva gordura de Pedro, hicieron mella de forma notable en su aguante físico. Con un gesto me indicó, al tiempo que se dejaba caer contra la base de un roble, que tenía que descansar un poco para recuperar el resuello. Con voz entrecortada le respondí que iba a seguir un poco más arriba, que me parecía advertir algo allá lejos que quería ver de cerca. Comencé de nuevo el avance mientras oía un jadeante *“recógeme aquí”*, que dejé, acaso inconsciente, detrás de mí.

Solo al llegar a la cima pude apreciarla con claridad asombrosa. Era una construcción de piedra, a medias entre pazo y castillo, con tres cuerpos o bloques que la formaban, unidos, haciendo ángulo, por otras construcciones, menores, que culminaban en terrazas con pretiles de piedra. Los ventanales de todo el conjunto eran altos, tapados, por dentro, con unos cortinajes oscuros de

color indefinido. Sin duda había llegado a la parte posterior de aquel... llámemosle pazo. Me dirigí hacia la izquierda, por estar ese lado más despejado de maleza, bordeando el edificio para encontrar una entrada. Llegué al final del bloque lateral, que se vio continuado por un muro, también de piedra, al que me pude aupar usando, a modo de escalones, los pequeños huecos del mismo. Al otro lado del muro, apareció ante mis ojos un cuidado jardín con dos senderos a cada lado, setos bordeando los senderos, macizos de flores repartidos por doquier y, un poco más allá de donde los dos senderos se unían, una puerta de hierro forjado que se encontraba abierta de forma tan incitadora que no lo dudé ni un instante. Bajé de un salto y, recorriendo el perímetro de muro que me faltaba, alcancé la verja de entrada.

Me introduje en el jardín, no tan umbrío como hubiese deseado, en el que admiré los rosales rojos, de un rojo intenso por el que siempre tuve debilidad. Al cuerpo central del edificio se accedía mediante una escalinata breve pero ancha, que iba más allá del límite del dintel de la puerta de entrada. La puerta, de madera con remaches triangulares de hierro, estaba abierta de par en par, invitando a la invasión curiosa que poco a poco se apoderaba de mí. Me quedé, todavía un instante, contemplando la hermosa fachada del bloque principal, en la que se apreciaban las mismas ventanas alargadas que en la parte posterior, y un par de blasones, oscurecidos por el tiempo, que reflejaban en su interior el mismo trébol que había recortado por los setos y que enmarcaban una leyenda que decía: "*Sentit somnium*".

En ese momento, mis reflexiones sobre la leyenda - quizá la más importante fuese por qué estaba escrita en latín y no en gaélico - se vieron interrumpidas por el sonido de unos pasos procedentes del interior del edificio. A los pasos siguió la aparición de una figura femenina que caminaba desenvuelta, con agilidad de amazona. Era una mujer alta, casi excesivamente delgada, vestida con botas camperas, pantalón de color crudo ajustado y arropada toda ella con un chal de color marrón oscuro ribeteado de flecos que se movían al compás de sus caderas.

A mi inglés chapucero, contestó con el suyo, que sonaba a música, acompañándolo con una sonrisa que no pasó de afable. Ella siguió su camino, pasando a mi lado, y yo miré de nuevo la fachada principal del edificio con su, acaso, antigua leyenda, al tiempo que mi mente se dejaba embauchar con la

reciente imagen de la amazona del pelo azabache.

Fue una de esas cosas que no se pueden evitar, que salen desde lo más profundo del alma. Pese a pronunciarlo entre dientes y lo más bajo posible, ella llegó a oír mi exclamación: “¡Jesús!”. La oí volver sobre sus pasos y preguntarme, siempre con esa sonrisa afable y un castellano perfecto:

— Disculpe, ¿es usted español?

Los momentos de desconcierto son lo suficientemente traidores como para hacernos perder oportunidades. Solo acerté a balbucir un “sí” bastante canijo, que por fortuna fue seguido de un atrevido “¿usted también?”.

No sé cuál de los dos aromas olía mejor, si el de las rosas que nos rodeaban o el que su piel, fresca y lozana, desprendía con una sutileza solo contestada por las mismas rosas. Entre los vapores de olor que desprendía, me llegó la respuesta, tan afable como su sonrisa. No era española, pero sí lo había sido su madre. Ella había aprendido a expresarse en los tres idiomas, gaélico incluido, además de pasar largos períodos en mi país de origen, lo que hacía que tuviese, no ya una perfecta gramática y extenso vocabulario, sino una adorable pronunciación.

Después de comentar brevemente la belleza del pazo, ella se despidió alegando una prisa que a todas luces era evidente. Mi atrevimiento dio un paso más al levantar, no mucho, la voz para preguntarle con timidez:

— ¡Oiga! Me gustaría echarle un vistazo al pazo... Le prometo no tocar nada.

La respuesta la envió desde la verja de entrada, virada a medias, la melena girando a modo de verónica realizada con maestría inigualable, con la tonalidad, tan afable como increíble, que parecía habitual en ella. Aquel “*JClaro! Curioseé todo lo que quiera*”, me sonó casi mejor de lo que me había oido su piel. Ella desapareció al atravesar la verja y yo subí la pequeña escalinata que daba acceso a la entrada del pazo.

La entrada era amplia, quizá de más, con una serie de puertas, enfrente de la de acceso al edificio, rellenas de cristales que dejaban entrever distintas estancias repletas de sillones, mesitas, y adornos varios que le daban un aspecto abigarrado. A la derecha, una puerta dividida en dos hojas verticales, estrechas, daba paso a unas escaleras que, con un solo tramo, comunicaban con el piso superior, en donde un pasillo limitaba, a un lado, con las ventanas que daban a

la fachada principal, y al otro, con una balaustrada que colgaba sobre el salón que formaba la entrada del pazo. Al final del pasillo una puerta accedía a otro pasillo, en donde nuevas puertas daban entrada a distintas habitaciones, la última de las cuales se encontraba abierta y, de ella, me llegaba el sonido de voces en animada charla. Un sentimiento de invasor me hizo dar la vuelta y retirarme, intentando no violar la intimidad de las personas a las que involuntariamente había oído hablar. La llamada, inesperada, detuvo mis pasos.

— ¡No se vaya! Por favor, pase.

Me adentré en la estancia, una salita no muy grande cuyas paredes se hallaban repletas de muebles y en la que se dispersaban unas cuantas butacas y sillones. El centro estaba presidido por una mesa-camilla, arrimada a la cual había un sillón orejero que me daba la espalda. Pese a no ver a nadie, una vez traspasado el umbral de la puerta, pronuncié una socorrida disculpa del estilo de "*no quisiera molestar*" que no sabía a quién iba dirigida. Con lentitud difusa, pero de manera emocionante, varios rostros se fueron configurando en los distintos sillones y butacas. Eran rostros amables, sonrientes, rostros sin cuerpos que me daban una bienvenida cordial, afectuosa incluso. Ni la falta, tan notoria como natural, de sus cuerpos, ni la frase "*precisamente hablábamos de usted*" me extrañaron lo más mínimo. Me quedé al lado del sillón orejero, sin sentarme en él por educación, y de nuevo me asaltaron las prisas por disculpar mi presencia dentro del pazo.

— No quisiera interrumpir...

“*Y no lo hace, ¿verdad niñas?*” Fue lo que dijo el rostro situado en el ángulo de mi izquierda, a los rostros situados a mi derecha, uno en una esquina y dos, muy juntos, situados en la butaca que hacía esquina en la pared de la puerta. Surgió el breve alboroto del murmurillo femenino en forma de “*no, claro que no*” y “*por supuesto que no*”.

— Son ustedes muy amables, muchas gracias.

De nuevo fue el rostro que primero habló, acaso la madre, para decir con dulzura, que presumo habitual, “*hace tantos años que no tenemos visitas que nos coge usted desprevenidos*”. Pareció como si me hubiese contagiado del ambiente que se respiraba en el pazo, porque la respuesta salió sin pensarla y fue tan espontánea como la leve sonrisa que afloró a mis labios.

— Viéndolas a ustedes, no pueden haber pasado tantos años.

Las risas contenidas afloraron de las gargantas inexistentes, de forma melosa y acompañando los gestos que, aún siendo de sorpresa, asentían como dando su aprobación. Una vez más el rostro de la madre fue el que habló, de forma conciliadora, tono que se veía manejaba con gran destreza y, sobre todo, habitualmente, al que acompañó con gesto de leve repremisión, mientras su escurridizo cuerpo comenzaba a vislumbrarse tal y como lo habían hecho los rostros con anterioridad.

— ¿Has visto, George, qué caballero más agradable ha venido a visitarnos?

Mi vista se dirigió, con la de la madre, hacia la mesa-camilla, junto a la cual, en el sillón orejero, apareció el cuerpo sin cabeza de un hombre fornido, vestido con batín y con un pañuelo de seda, de colores pardos, alrededor del truncado cuello. El cuerpo se incorporó a medias, tendiéndome la mano que yo estreché de la forma más afectuosa que pude, al tiempo que le preguntaba un “*¿cómo está usted?*”, que fue respondido con un gruñido procedente del espacio que flotaba sobre sus hombros y acompañado por un “*¿y cómo usted por aquí?, joven*”.

— Verán, me encontré a una joven en la entrada y me dijo que podía curiosear un poco.

Las risas volvieron a sonar límpidas, lo mismo que las distintas voces que decían con tono hogareño “*no se preocupe*” o “*ella hizo muy bien*” o, incluso, “*puede usted curiosear todo lo que quiera, está en su casa*”.

Tanta amabilidad y ofrecimiento terminaron por turbarme y me hicieron decir, torpemente, la habitual “*yo... les prometo no tocar nada*” a la que George, quizá el padre, contestó irguiéndose mientras se perfilaba sobre sus hombros una cabeza de aspecto noble, con patillas y bigote blancos, cejas pobladas y unas mejillas coloradas veteadas por un ramillete de finas y azuladas venitas. Las señoritas también se habían incorporado, haciendo ruido con sus trajes de época - no sé cuál - siguiendo a su padre, que había pasado una de sus manos por mis hombros.

— ¿Puedo pedirle un favor?

Mi azorado espíritu, no tanto por la extrañeza de la situación como por la amabilidad demostrada por la acogedora familia, balbució un “*diga, diga... lo que esté en mi mano*”, que fue respondido mediante un par de palmadas en mi

hombro derecho. La insólita petición *"si fuese usted tan amable de, en su periplo por la casa, usar esa regadera para refrescar las plantas, se lo agradecería profundamente"*, me dejó boquiabierto mirando para la regadera, que se hallaba posada sobre una semicolumna de madera situada en el pasillo al que nos encaminábamos.

— Claro, cómo no.

Sonó como si la hubiese pronunciado otra persona, hasta que vi mi mano asiendo la regadera por el mango de madera dispuesto a tal efecto. La familia se dispersó cada uno por una puerta de las numerosas que inundaban el pasillo en el que nos hallábamos. Ninguna se abrió a su paso, solo se difuminaron delante de ellas, tal y como lo habían hecho para mostrarse ante mí.

Comencé mi paseo después de regar la planta que advertí debajo del espejo en el que se reflejaba mi rostro asombrado. La última puerta, por la izquierda, del pasillo, ocultaba las escaleras por las que accedí a un piso superior, en donde entré, como no podía ser de otra manera, en otro pasillo, forrado de madera de color caoba, en cuyas paredes colgaban cuadros de personajes antiguos, algunos de los cuales me recordaron a la fantasmagórica familia con la que acababa de conversar. Por doquier, las plantas más diversas aparecían ante mí solicitando su ración de agua, que yo satisfacía con presteza. Me imaginé con chaleco a rayas y pajarita, pidiéndole permiso a los distintos personajes de los cuadros para proceder al regado de las plantas. Por un momento creí advertir que uno de los más venerables asentía levemente. Seguí pasillo adelante, regando y contemplando las distintas pinturas, óleos casi todas ellas, y, según iba avanzando, apreciaba como los rostros se hacían más cercanos y los vestidos más modernos, hasta que llegué al último de los cuadros, situado encima de una maceta que tenía un formidable ramillete de tréboles, los mayores que había visto en mi vida, en el que reconocí a la amazona de pelo ensortijado. El cuadro no estaba firmado, pero en verdad que le hacía justicia; la belleza conseguida era tal cual la modelo, incluso reflejaba el mohín de media sonrisa en la comisura izquierda de la boca.

A partir de ése, no había más cuadros; solo una puerta, cerrada, en el extremo del pasillo. La sospecha de que la distribución espacial del interior del pazo no se correspondía con la forma externa del mismo asomó de nuevo a mi mente. Y con esa inquietud traspasé la puerta, después de abrirla, que me

introdujo en una vasta biblioteca que ocupaba toda la planta. Sus paredes estaban por completo cubiertas de estanterías, con puerta de cristal, que llegaban del suelo al techo, y que cubrían, asimismo, los espacios existentes entre las ventanas. Debajo de cada ventana había situadas, estratégicamente, macetas con infinidad de plantas de diversas especies, a las que correspondió su ración de agua, lo mismo que a las situadas entre los diferentes sillones dispuestos para hacer posible una cómoda lectura. En la última de las macetas advertí, de forma irrealmente lógica, que la regadera seguía manteniendo el mismo nivel de agua, casi hasta el borde, que antes de empezar la operación de regado. No hizo falta comprobar la cebolla, pues todo el camino había tenido que ir con extremo cuidado para no mojar el suelo de madera y, además, había visto caer la lluvia de agua sobre la tierra de las macetas, preocupándome de forma especial en que no cayera directamente sobre las hojas de la planta correspondiente.

“Acaso a los libros les pase lo mismo”, recuerdo que pensé, quizá esa biblioteca se nutriera de libros mediante el mismo mecanismo, con probabilidad generación espontánea, por el cual la regadera siempre estaba llena de agua. Tal vez sólo hiciese falta pensar en el libro que se desease leer para que se encontrase en sus anaqueles. Con curiosidad me acerqué a la estantería que incluía la letra eme, en un afán de búsqueda del absurdo registro que me permitiera encontrar un título en lugar de su autor. Era este un título que venía intentando localizar, acción infructuosa hasta el momento, desde hacía unos cuantos años. La vista dirigió mi mano hasta un pequeño volumen, encuadrado en piel marrón oscuro con ribetes negros, que destacaba de los demás por salir un dedo del borde de la estantería. Lo así con sumo cuidado y lo giré para ver su carátula. Grabado a un tercio de distancia del margen superior, el título del libro ahondaba en la piel con un color negruzco: “*Morpheoppium*”. No había la menor referencia al autor, ni al año de publicación, pero sí había una reseña, situada en una esquina y en letra menuda, que decía: Editorial Erebo. Fascinado por el hallazgo me dirigí a tientas hacia el sillón más próximo, en donde me dejé caer mientras mis manos, no menos ávidas que mi cerebro, pasaron las páginas iniciales en blanco hasta llegar al inicio de la narración.

No sé cuánto tardé en quedarme dormido después de terminar el relato, ni tampoco cuanto tiempo estuve inconsciente. Lo cierto es que me desperté,

con la cabeza pesada y un zumbido de oídos, por las bofetadas que Pedro me estaba dando en la cara.

— ¡Eh! ¡Eh! Vamos, despierta. ¡Qué susto me has dado!

Me encontraba acostado en el suelo, por encima de mí las copas de los robles se agitaban suavemente y la figura de mi entrañable amigo me miraba a medio metro de distancia. Me incorporé, acodándome en el mullido suelo de hierba con un brazo, mientras con la mano libre me frotaba la sien derecha, en donde un bulto doloroso me hizo retirar la misma.

— ¿Qué pasó? Me zumba mucho la cabeza.

Pedro contestó con una risa nerviosa.

— Dímelo tú, te encontré aquí desparramado y sin sentido.

Por mi mente dolorida pasaron, sucesivamente, las imágenes de una amazona de pelo azabache, una regadera repleta de agua y un pequeño libro cuyo autor no lograba recordar.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

— Como tardabas tanto decidí venir a buscarte y te encontré aquí tirado. Llevo quince minutos dándote tortas para despertarte - fue la asombrada contestación de mi amigo - Creí que te había pasado algo serio. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

Llevé mi mano al chichón que, pese al poco tiempo transcurrido, estaba ya el doble de grande. Por un momento había pensado que era irreal, pero el dolor producido al tocarlo me convenció, no solo de su realidad física, sino también de la dolorosa.

— No, no. Es que tuve un sueño... extraño. Agradable, pero extraño.

Me incorporé con la ayuda de Pedro, que todavía preocupado insistía en preguntar sobre mi estado de salud. No sé cuál de los dos se dio cuenta primero, acaso fuimos los dos al mismo tiempo, pero en el acto de levantarme del suelo se produjo la caída de un objeto del bolsillo exterior de mi chaqueta. Me agaché a recogerlo y, entre el zumbido de oídos y el dolor de cabeza, descubrí, a medias tapado por unas hojas de hierba, un pequeño libro encuadrado en piel marrón y en cuya solapa se distinguía la palabra *Morpheoppium*.